

sayo de Paz. Ojalá que la obra misma sirva de inspiración a otros investigadores mexicanos para abordar, en forma directa y explícita, la cuestión de la estética comparada —o si se prefiere, el problema de la estética desde un ángulo comparativo— que tan rara es en nuestro medio; su tratamiento hace gran falta para la comprensión de nuestro ser y nuestra cultura, considerando el gran progreso que ha experimentado la crítica de arte en las últimas décadas, por lo cual es de esperar que el terreno quede ya preparado al advenimiento del nuevo tipo de ensayo que deseamos, y para el cual *El arco y la lira* constituye una avanzada formidable.

Por vía de documentación transcribimos el contenido de la obra: Introducción, *Poesía y poema*. El poema: *El lenguaje, El ritmo, Verso y prosa, La imagen*. La revelación poética: *La otra orilla, La revelación poética, La inspiración*. Poesía e historia: *La consagración del instante, El mundo heroico, Ambigüedad de la novela, El Verbo encarnado*. Epílogo: *El arco y la lira*. Apéndices: I. *Poesía, Sociedad, Estado*. II. *Poesía y respiración*. III. *Whitman, poeta de América*.

MIGUEL BUENO

*Ethics in Theory and Practice*, por Thomas E. Hill. Thomas Crowell Company, New York, 1956.

Éste es uno de los mejores manuales de Ética publicados en los últimos tiempos en Estados Unidos. El libro está dividido en tres partes: "Ética Teórica", "Una Teoría Operativa" y "Ética Práctica". La primera está dedicada a la exposición y crítica de los principales tipos de teoría ética. Las teorías están ordenadas sistemática más bien que históricamente. En cada caso, se considera el representante más típico de la teoría, sin tomar en cuenta su posición dentro de la secuencia histórica.

Las exposiciones son lúcidas y las críticas del autor agudas, aunque no especialmente profundas.

El modo de disponer las distintas teorías sirve para presentárnoslas como una serie sucesiva de definiciones, más y más próximas, de lo bueno y lo recto. Hill principia por examinar las teorías que niegan cualquier definición cognoscitiva, las teorías emotivas y de aprobación social, haciendo especial hincapié en la obra de A. J. Ayer y Edward Westermarck; después prosigue con las teorías reflexivas y de aprobación teológica, haciendo énfasis en Joseph Butler y Emil Brunner; la teoría formal de la consistencia racional de Kant y de la conformidad moral de Ross; las teorías de la naturaleza universal del estoicismo; las teorías de la naturaleza evolutiva de Spencer y Nietzsche; las teorías de la naturaleza humana de Aristóteles (excelencia humana), de Green (autorrealización); las teorías hedonistas de Epicuro, Bentham, Mill y Sidgwick; las teorías apetitivas de Hobbes, Ralph Barton Perry y John Dewey.

Se echan de menos las teorías de Platón, Spinoza y los fenomenólogos, todos los cuales parecen ser impopulares entre los escritores norteamericanos de libros de texto. La teoría de G. E. Moore se usa en la segunda parte como "teoría operativa" a la luz de la cual se analizan las teorías de la primera parte. Las secciones de la segunda parte son "El significado del 'bien'", "El orden de los valores intrínsecos" y "El orden y el significado de lo recto".

En la tercera parte se discuten los principios y métodos de la ética práctica tales como la prudencia, la justicia, la benevolencia; los valores de la ética personal: vida, salud, inteligencia; la ética de las actividades económicas; la ética de los sistemas económicos, de la producción económica y de la distribución; la ética de la política, tal como los objetivos del Estado, los derechos y diferencias de los ciudadanos de

los estados demócratas; y la ética de las relaciones internacionales.

El autor define la *Ética* como la investigación de la rectitud, la bondad y el deber de la actividad voluntaria, y caracteriza a la *teoría* ética como aquella rama de la *Ética* que busca revelar y definir los sentidos de los términos morales "para suministrar la más coherente interpretación de la experiencia moral del hombre". La *ética práctica* es la aplicación de la *ética teórica* a los problemas de la vida social y personal. En la Introducción el autor discute los datos y métodos de la *ética*. Los datos de la *ética* son todas las experiencias morales de los hombres, mostradas en su evolución a partir de las costumbres tribales, para las que la moralidad consiste principalmente en una conformidad heterónoma, hasta las *éticas* de sociedades más amplias como las de Grecia e Israel, que culminan en la supremacía del individuo como tal.

"A partir de este tumulto de influencias variadas, dos tipos de moralidad moderna puede decirse... han emergido. Uno es el modo de vida demócrata-cristiana, que retiene las tendencias universales e individualistas de los ideales universales anteriores", el otro es el modo de vida totalitaria, identificada erróneamente por el autor con el modo de vida "marxista", "el cual, aunque reteniendo una cierta clase de universalismo... abandona la interioridad y la tendencia hacia el individualismo... y retorna a la cruel supresión de todo lo que le rehusa su conformidad."

Los métodos de la *Ética* "consisten principalmente en aquellas investigaciones psicológicas y lógicas que caen dentro de la intención e implicaciones del juicio ordinario, tal como ha sido empleado desde hace mucho por los filósofos para determinar los significados básicos de cualquier término".

En la teoría emotiva de Ayer, de acuerdo con la cual las proposiciones genuinamente éticas no tienen significado cognoscitivo, Hill encuentra el mé-

rito de que "esta concepción ha puesto el problema de la teoría ética y de la interpretación de los términos éticos claramente ante nosotros"; pero su aserto decisivo acerca de la falta de sentido cognoscitivo de las proposiciones morales no puede sostenerse. "En general, la evidencia de la plenitud de sentido de los términos morales es mucho más fuerte que cualquier evidencia que pudiera ser dirigida en su contra, por cuanto necesitamos no tener serias dudas acerca de la posibilidad de embarcarse en la búsqueda de una filosofía moral." La ventaja de la teoría de la aprobación social de Westermarck es la de mostrar el contexto social de la mayoría de nuestras convicciones morales; pero su desventaja es ser "demasiado variable en relación con todos los sentidos ordinarios de los términos morales, para merecer mucha consideración".

En las teorías de Butler y Brunner, Hill ve un avance metodológico en relación a las teorías de la aprobación social; pero encuentra todavía insuficiente su interpretación de los términos morales. La virtud de la teoría kantiana radica en su insistencia sobre el hecho de que la vida moral es una vida de razón y debe basarse sobre la clara percepción de sus principios racionales fundamentales. La teoría kantiana del significado formal de lo recto sobrepasa todas las teorías de la aprobación al reconocer que la rectitud de un acto se engarza no con las actitudes de un observador, sino con las características del acto mismo. El imperativo categórico parece estar muy próximo del meollo mismo de las exigencias de la razón en la esfera práctica; pues el primer requisito de la razón es la consistencia, y conducirse de acuerdo con el imperativo no es más que la consistencia en la práctica. La gran desventaja de la teoría kantiana es, naturalmente, su falta de un orden moral explícito y la vaciedad de la razón. Se puede consistentemente querer cualquier cosa con

tal de que no importe lo que suceda. Si no importa el caos que pueda resultar de la mentira, o la aniquilación que pueda resultar de la muerte de todos, no hay inconsistencia en mentir o en suicidarse.

La otra teoría formal discutida en el libro es la de la conformidad moral de Ross. Comparte con la teoría de la consistencia el acertado reconocimiento de que la rectitud envuelve un elemento formal y, al mismo tiempo, desarrolla el factor de la conformidad con las circunstancias de un modo mucho más aplicable a las acciones específicas que el imperativo de Kant. Pero la teoría falla en su definición de la característica específica *moral* de la conformidad, distinguida de las otras clases de conformidades situacionales. Por lo tanto, no es prácticamente más iluminativa que las otras teorías. Hill muestra que la falla de esta teoría consiste en su negativa a llevar el análisis de los términos éticos —en este caso, del término “recto”— más adelante todavía. Su conclusión, por lo que toca a las teorías formales, es que ni la consistencia, ni la conformidad, ni ningún otro factor formal, parecen bastar en sí mismos para distinguir lo recto de lo errado, y debe añadirse la referencia al deseo o los valores. En consecuencia, pasa a examinar las teorías materiales.

Pero aun a éstas les acaece ser deficientes. La teoría estoica de la racionalidad de la naturaleza y la teoría evolucionista de Spencer son demasiado amplias como para ofrecer testimonios detallados en cuanto al uso de los términos morales. Particularmente, no hacen una clara distinción entre hecho y valor; la naturaleza no le puede decir al hombre lo que es bueno, sólo puede ayudarle a descubrir cómo puede obtenerse efectivamente el bien. Las teorías de Aristóteles y de Green son presentadas como aspectos específicos de las teorías naturalistas, que encuentran lo moral en la realización de la naturaleza *humana*. Estas teorías, de acuerdo con

Hill, ofrecen un considerable avance en relación con otras teorías naturalistas por apuntar a un campo mucho más restringido, en el que los sentidos morales pueden ser investigados con buen éxito y los valores realizados; pero son aún muy amplias como para expresar adecuadamente la realidad del juicio crítico moral. Por ende, es menester disponer de criterios más específicos. v Hill nos los presenta en las teorías hedonista y apetitiva. En el desarrollo que va del hedonismo egoísta de Epicuro al hedonismo universalista de Mill y Sidgwick, ve el desarrollo de un método utilitarista que consiste en la progresiva definición de lo bueno como la característica suficientemente específica de las experiencias, primero en las fórmulas de Bentham sobre el predominio del bien sobre el mal, después en las exigencias de Mill de una promoción del bien común, y finalmente en la idea de Sidgwick acerca de lo que conduce a la mayor cantidad de bien para todos los que están afectados por el acto.

La falla de la Ética hedonista, con todo, es su intento de igualar el bien con lo placentero. Esto lleva a Hill al argumento de la “cuestión abierta” de G. E. Moore: si “bien” significa “placentero”, preguntar si algo placentero es o no bueno sería lo mismo que preguntar si algo placentero es placentero o si algo bueno es bueno. El ser placentero y el ser bueno son cosas distintas. Las teorías del placer, para decirlo con las palabras de Moore, cometen la falacia naturalista. Y lo mismo vale para las teorías apetitivas.

Entonces, una vez que ha analizado las teorías tradicionales de la ética y habiéndolas encontrado en situación de carencia, Hill se vuelve a la teoría de Moore considerada como la base de una “teoría operativa” de la Ética. Está impelido a ello por el hecho de que todas las otras teorías a la luz de la teoría de Moore se revelan como insuficientes. Pero la dificultad que ofrece la teoría de Moore es que el término

fundamental "bien" se determina sólo intuitivamente y no hay reglas para su aplicación en la práctica. No obstante tiene aquí más precisión que en ninguna otra teoría. Hill da seis características del bien según Moore: 1) Es un adjetivo no un nombre, esto es, la característica de una experiencia y no una experiencia él mismo; 2) es una característica que resulta de todas las otras características de la experiencia, una característica omniresultante; 3) no es la mera suma de las características, sino un más o un menos; una buena experiencia es lo que Moore llama un todo orgánico; 4) no es una propiedad de las cosas, sino una cualidad de las experiencias; los objetos son intrínsecamente buenos sólo en cuanto son experimentados; 5) no es un complejo, sino una cualidad simple e inanalizable; y 6) su marca distintiva no es ser una única, omniresultante, característica orgánica de ciertas experiencias, sino ser una característica evaluativa o recomendatoria. Esto, es verdad, no dice nada más sino que "bien" significa "bien"; pues no hay mucha diferencia entre la palabra "bien" y la palabra "valuable". Pero decir que el bien es el bien significa, por lo menos, impedir la identificación del bien con otros conceptos. La aprehensión del bien se efectúa mediante una cierta clase de intuición, y la relación del "bien" y el "deber" consiste en que lo que es bueno debe ser; donde *debe* es una clase de compulsión no física emparentada con la necesidad racional, aunque con su propio y único carácter.

Sobre las bases de esta no muy satisfactoria caracterización del "bien" y del "deber", Hill describe la jerarquía de los valores en un sentido muy próximo al de Nicolai Hartmann, aunque sin mencionar su nombre, y estatuye la jerarquía de los valores a partir de los valores orgánicos, pasando por los valores humanos fundamentales, hasta los valores humanos espirituales más raros.

Los valores orgánicos son: el comer, el beber, el sexo, etc. Los humanos son: el conocer, la integridad moral, la apreciación estética y otros más; los espirituales son: la reverencia y el amor. Además, no hay conexión sistemática entre estos valores, y la construcción de su jerarquía tampoco es sistemática. La definición de lo recto se sigue de la de lo bueno: el acto voluntario es recto en un sentido objetivo moral comprensivo si, y sólo si, conduce al mayor bien intrínseco o al menor mal intrínseco que sean posibles en las circunstancias que les conciernen.

Aunque éstas son unas bases muy vacilantes como para erigir una teoría ética operativa, debe concederse que ésta es la única posible por ahora, dadas las limitaciones que impone la exacta elaboración sistemática de la teoría de Moore, que Hill no presenta. Le falta, al par, una axiología sistemática y las reglas exactas de su aplicación en la moralidad práctica. Por ende, la tercera parte de este libro es más una colección de ideas varias sobre la vida ética que una representación sistemática. Es "el intento de indicar los más significativos principios éticos prácticos y los métodos implicados en la teoría operativa esbozada en la segunda parte", y no puede evidentemente ofrecer mayor precisión en el uso de los términos morales que la teoría misma de Moore. Puesto que esta teoría es vaga, sus implicaciones son vagas también. Como resultado, lo que nos dice la tercera parte sobre la ética personal, social, económica y política no es más profundo que aquello que se dice en el mejor sermón o editorial. Ésta es la falla típica de la ética de nuestros días, basada en la falla de la teoría ética. Tal como se presenta este libro, debe mirarse como un buen sumario de ética y sus fallas como representativas de las fallas de la teoría ética actual.

ROBERT S. HARTMAN